



"Nadie habló jamás como este hombre"

Jn 7, 40-53

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

La predicación de Jesús, produce una profunda impresión en la gente que lo escucha, observan en Jesús, palabras extraordinarias, actitudes fuera de todo lo común, es Jesús alguien especial.

Jesús, habla en nombre del Padre, habla por quien lo ha enviado, entonces Jesús es el Profeta del Padre, su mensaje es el del Padre y a El quiere llevarnos, de este modo, Jesús cumple su misión profética.

Algunos de la multitud, que habían oído a Jesús, opinaban: "Éste es verdaderamente el Profeta". Otros decían: "Éste es el Mesías". La falta de profeta podía ser uno de los mayores castigos para Israel, y esta ausencia fue muy larga, de siglos. En los días de los Macabeos se suspiraba por un profeta que precisase ciertos puntos (1 Mac 4:46; 14:41). Por eso, sobre la base del Deuteronomio (18:18), se esperaba incluso a un profeta especial, que preludiese, al estilo de Elías, los días mesiánicos. Y así, cuando el Bautista apareció en las orillas del Jordán, con su atuendo de profeta y su vida de austeridad, las multitudes pensaron si no sería "el Profeta" (San Juan 1:21.25).

En el cristianismo primitivo se interpretó el anuncio de Moisés en un sentido mesiánico (Act 3:22; 7:37; cf. San Juan 6:14.15; 1:45). Pero, en cambio, en los escritos judaicos nunca ha sido identificado este Profeta con el Mesías. Y en los escritos de Qumrán se distinguen las venidas del Profeta y del Mesías, y se basaban para ello en el pasaje de Moisés (Dt 18:18) 40. De aquí la exactitud de esta distinción entre el Profeta y el Mesías. Aunque en el pueblo esta distinción andaba confusa (cf. San Juan 6:14.15).

"Otros, en cambio, decían si no sería el mismo Mesías." Ya antes, ciertos grupos habían pensado que debía de serlo, pues los milagros que hacía los persuadían de ello. Mas para esto se les presentaba la objeción de su nacimiento. Según las Escrituras, el Mesías procedería de la casa de David (2 Sam 7:12ss, etc.). Pero desde la profecía de Miqueas (Miq 5:2), se había interpretado por ciertas fracciones judías que el nacimiento del Mesías sería en el mismo Belén (Mt 2:4). Y siendo desconocida de las gentes la concepción virginal de Jesús y pasando éste por hijo "legal" de José

(San Juan 6:42) y como “el profeta de Nazaret de Galilea” (Mt 21:11), ya que el nacimiento en Belén no parece haber trascendido, durante la vida de Jesús, del círculo de familiares e íntimos, se les planteaba esta oposición entre los hechos que veían, lo que ellos sabían y lo que la Escritura decía de los orígenes del Mesías.

Por eso se originó un desacuerdo en la multitud por su causa, “Y por causa de él, se produjo una división entre la gente” .Y, ante todo esto, algunos querían apoderarse de El, así dice el Evangelio: “Algunos querían detenerlo, pero nadie puso las manos sobre él” Es el fanatismo religioso oriental, tan pronto a estallar y traducirse en medidas tan incontroladas como radicales.

Los guardias fueron a ver a los sumos sacerdotes y a los fariseos, y éstos les preguntaron: “¿Por qué no lo trajeron?”. Sucedió que hubo diversos pareceres y reacciones ante las enseñanzas del mismo, como consecuencia de la admiración y la impresión profunda que Jesús causaba en los oyentes, la grandeza del mismo, su doctrina, la autoridad propia con que hablaba. En este pasaje se dice que dos veces dio sus enseñanzas en el templo y explicando. Todo esto causó una impresión tal en los guardias del mismo, que tenían la misión de prenderle, y no solamente no procedieron a ello, sino que alegaron, sorprendidos, ante sus jefes, para justificar su desobediencia, así fue como ellos respondieron: “Nadie habló jamás como este hombre”. Acusa ello la convicción de los guardias en la grandeza que concibieron de Jesús y su mensaje.

La réplica de los fariseos se veía venir; no podía comprender lo inverosímil de esta conducta, por eso los fariseos respondieron: “¿También ustedes se dejaron engañar?”. Ellos, que eran los tradicionalistas del mosaísmo y los rectores espirituales de Israel. Lo que ellos no creían, pensaban que nadie podía admitirlo, luego preguntaron; ¿Acaso alguno de los jefes o de los fariseos ha creído en él? Y concluyeron, en su orgullo, que esta gente ignora la Ley, por eso dicen; “ Esta gente que no conoce la Ley, está maldita”. es decir “son unos malditos”. Los rabinos y fariseos despreciaban profundamente al pueblo, porque no dedicaba su actividad al estudio de la Ley. Despectivamente lo llamaban el “pueblo de la tierra”. Porque, ignorando todo lo que tiene poco valor o escasa importancia y la aplicación de los principios morales a casos concretos rabínicos, no podían cumplirlos. Por lo que así la Ley, mejor su casuística, venía a caer sobre ellos, “maldiciéndoles.”

Nicodemo, uno de ellos, que había ido antes a ver a Jesús, les dijo: “¿Acaso nuestra Ley permite juzgar a un hombre sin escucharlo antes para saber lo que hizo?”. Nicodemo es uno de ellos, sin embargo muestra actitud discordante y defensiva de Jesús. La defensa de Nicodemo es velada, pues aún no es un discípulo abierto de Jesús; pero su argumentación es la propia de un doctor de la Ley: la Ley no condena a nadie sin oírle y permitir su defensa. Pero ellos ya lo habían condenado antijurídicamente a muerte (San Juan 7:25). La respuesta de los sanedritas a Nicodemo es una fuerte y doble injuria camuflada: “¿Tú también eres galileo?” De sobra sabían el origen noble de Nicodemo. Al aludirle a una hipotética relación galilea, no pretenden tanto el querer ponerle en el bando defensivo de un compatriota cuanto, veladamente, injuriarle, puesto que, para los de Judea, los galileos eran considerados como judíos inferiores, por su origen mixtificado, y tratados despectivamente. Un proverbio judío decía así: “Todo galileo es un leño.” El término de “estúpido” hablándose de galileos aparece en los escritos rabínicos. La segunda injuria es remitirle a que investigue las Escrituras, para que vea que de Galilea no ha salido profeta alguno, así es como le dicen: “Examina las Escrituras y verás que de Galilea no surge ningún profeta”.

Sin embargo, esto, tomado estrictamente, no era verdad, ya que, según el libro de los Reyes, Jonás era Galileo (2 Re 14:25). Pero no deja de ser extraño este error en boca de sanedritas. Acaso quisieran decir que ningún profeta notable había salido de Galilea. En todo ello se ve que, para estos dirigentes, Jesús pasaba como oriundo de Galilea. Así lo denominarán un día las multitudes: “Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea” (Mt 21:11). Mas, en todo caso, la opinión de los sanedritas nada probaba. Porque, si ningún profeta notable había proveniendo de Galilea, esto no imposibilitaba el que, en el futuro, pudiese provenir alguno de allí.

Termina el fragmento del evangelio; “Y cada uno regresó a su casa”. La reunión se disolvió. La injuria se dirigió a Nicodemo. Pero las razones de éste no fueron rebatidas. Y contra la injuria quedó entonces flotando sobre el sanedrín una acusación formidable: de modo injusto se había ya condenado, en forma más o menos oficial, a Jesús a muerte.

El cristiano ha de ser un profeta de Jesús. En efecto, nosotros participamos de la misión profética de Jesús y debemos cumplir esta misión, tomando conciencia de que somos profetas de Jesús, enviados por El, para transmitir su palabra, su mensaje de salvación. Predicar el misterio de la salvación, darlo a conocer, comunicarlo con fidelidad, es nuestra misión como cristianos.

"Nadie habló jamás como este hombre" La palabra de Jesús es la Palabra del Padre, por El llegamos al Padre y el Padre llega a nosotros. Pedro respondió: Señor, “Tu tienes palabra de vida eterna” (San Juan 6,68). No nos apartemos de las palabras de Jesús, palabras que son de vida y verdad. Escuchemos a Jesús y los que nos hablan en su nombre, a los que transmiten su mensaje, porque Jesús nos habla también por ellos.

El Señor les Bendiga

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant